

NOTAS Y COMENTARIOS

Fernando Inciarte (1929-2000)

Hace algunas décadas, con ocasión de una grave enfermedad de Fernando Inciarte¹, su maestro, Bernhard Lakebrink, comentó: «Si muere Inciarte, habrá muerto una de las personas que más filosofía sabe en el mundo». Pero no sólo sobrevivió, sino que el filósofo hispano-alemán siguió durante largo tiempo estudiando, investigando y enseñando en la Universidad de Münster. Lo primero que llama la atención en Inciarte, como decía Lakebrink, es precisamente la amplitud de sus conocimientos y preocupaciones filosóficas. Se trata de un autor conocido e importante en el campo de la filosofía antigua, particularmente en lo que se refiere a Aristóteles. Pero también tiene importantes contribuciones en filosofía medieval, con estudios sobre Tomás de Aquino, Duns Scotus y Ockham. Tampoco fue ajeno a Kant y al idealismo alemán. Y en la filosofía del siglo XX se ocupó de autores tan disímiles como Husserl, Heidegger, la sociología de Luhmann, el liberalismo de Rawls y la filosofía analítica, materia por la cual fue conocido en el mundo de habla hispana, gracias a la publicación de un conjunto de trabajos titulados *El reto del positivismo lógico*. En los últimos diez años de su vida se interesó por los posmodernos, y por la interpretación psicoanalítica de Hegel (Zizek). Sin embargo, no sólo escribió y enseñó sobre autores de épocas y corrientes muy distintas. Puede decirse que no hubo campo de la filosofía sobre el que no hubiese escrito o al menos enseñado. Par-

¹ Nació el 30 de mayo de 1929 en Madrid. Estudió filosofía en la Universidad de Madrid (1946-1950) y en el Angelicum (1950-1952), donde presentó una tesis doctoral sobre el concepto de existencia en la Escuela de Lovaina (1952). Posteriormente se trasladó a Colonia (1955-1956); allí escribió otra tesis, que defendió en 1956 (*Reflexionbestimmungen im dialektischen Denken*). Desde 1963 ejerció diversas tareas docentes en la Universidad de Friburgo de Brisgovia, donde se habilitó en 1968 (su trabajo de habilitación fue publicado tiempo después: *Forma formarum* [Freiburg & München: Karl Alber, 1970]). Fue decano de la Facultad de Filosofía de la Universidad de Friburgo (1972-1973). Desde 1975 fue profesor ordinario en la Universidad de Münster. Murió en Pamplona el 9 de junio de 2000.

ticipó activamente en el movimiento de rehabilitación germana de la filosofía práctica²; dictó innumerables cursos sobre metafísica³, antropología⁴ y teología natural; no fue ajeno a las preocupaciones teológicas⁵, a los problemas que plantea la filosofía de la lógica y a las cuestiones éticas y políticas⁶, sobre las que escribió diversos textos en los últimos años⁷. Sólo le faltaba ocuparse de la estética, pero en los últimos diez años de su vida casi no hizo otra cosa con más intensidad⁸. Aunque lo habitual es que los académicos, con el correr de los años, vayan quedándose reducidos a algunos temas y áreas que son la ocupación de su vida, el caso de Inciarte es precisamente el contrario. Con la edad su

² Cfr. «Theorie der Praxis als praktische Theorie», en P. ENGELHARDT (Ed.), *Zur Theorie der Praxis* (Mainz: Matthias-Grünewald-Verlag, 1970), pp. 456-4; «Theoretische und praktische Wahrheit», en M. RIEDEL (Ed.), *Rehabilitierung der praktischen Philosophie* (Freiburg i. Br.: Rombach, 1973), Band II, pp. 155-170; «Praktische Wahrheit», en V. GERBARDT & N. HEROLD (Eds.), *Wahrheit und Begründung* (Würzburg: Königshausen-Neumann, 1985), pp. 45-69; *Discovery and Verification of Practical Truth* (en prensa); «Practical Truth», en AA. VV., *Persona, veritas e morale: Atti del Congresso Internazionale di Teologia Morale* (Roma: Città Nuova Editrice, 1986), como también los textos inéditos sobre «Praktische Wahrheit» y «Praktische Vernunft», correspondientes a cursos dictados en la Universidad de Münster en 1985 y 1986.

³ Entre otras contribuciones: *Eindeutigkeit und Variation: Die Wahrung der Phänomene und das Problem des Reduktionismus* (Freiburg & München: Karl Alber, 1973); «Analogía y verdad», en A. GARCÍA MARQUÉS & J. GARCÍA-HUIDOBRO (Eds.), *Razón y praxis* (Valparaíso: Edeval, 1994), pp. 85-112; «Die philosophische Querelle des anciens und des modernes»: *Philosophisches Jahrbuch* 99 (1992) 329-351; «Die Einheit der aristotelischen Metaphysik»: *Ibid.* 101 (1994) 1-21; «Ser veritativo y ser existencial»: *Anuario Filosófico* 8 (1980); «Intencionalidad: Sobre inmanencia y trascendencia en el conocimiento», en R. ALVIRA (Ed.), *El Hombre: Immanencia y trascendencia* (Pamplona, Eunsa, 1991), vol. I; «El problema de la verdad en la filosofía actual y en Santo Tomás» en *Veritas et sapientia* (Ibi: id., 1975).

⁴ Cfr. «Sobre la libertad del intelecto, de la razón y de de voluntad», en *Razón y libertad* (Madrid: Rialp, 1990); «Freiheit», en P. GEACH, F. INCIARTE & R. SPAEMANN, *Persönliche Verantwortung* (Köln: Adamas-Verlag, 1982); «Kontingenz und Willensfreiheit: Zum Begriff der Menschenwürde»: *Neue Hefte für Philosophie* 24/25 (1985); «La identidad del sujeto individual según Aristóteles»: *Anuario Filosófico* 26 (1993).

⁵ Cfr. «Cristianismo y democracia: Teología política y soberanía popular», en *La misión del laico en la Iglesia y en el mundo: VIII Simposio Internacional de Teología* (Pamplona: Eunsa, 1987); «La importancia de la unión predicado-sujeto en la doctrina trinitaria de Tomás de Aquino»: *Scripta Theologica* 12 (1980).

⁶ Cfr. «Peccata ignota: On Moral Objectivism and Moral Subjectivism», en *Humanae Vitae: 20 anni dopo: Atti del II Congresso Internazionale di Teologia Morale* (Roma: Edizione Ares, 1988); «Derecho natural o derecho racional: Treinta tesis y una propuesta»: *Revista Chilena de Derecho* 19 (1992); «Naturrecht oder Vernunftethik?»: *Rechtstheorie* 3 (1987); «Zwischen Natur und Vernunftrecht»: *Ibid.* (1992).

⁷ Cfr. «Reflexiones sobre el republicanismo»: *Thémata* 10 (1992); «Republicanism and sociedad burguesa»: *Nuestro Tiempo* 423 (1989); «Sociedad civil entre republicanismo y liberalismo», en R. ALVIRA, N. GRIMALDI & M. HERRERO (Eds.), *Sociedad civil: La democracia y su destino* (Pamplona, Eunsa, 1999) pp. 83-101; «Bien común y mal común»: *Anuario Filosófico* 27 (1994) 939-948; «Moralidad y sociedad en la filosofía práctica de Aristóteles»: *Atlántida* 47 (1970); y «Utopía y realismo en la configuración de la sociedad: Límites de la ilustración»: *Nuestro Tiempo* (1978); «El tabú del 92»: *Ibid.* 420 (1989).

⁸ Cfr. «Sobre la fugacidad: Anaxágoras y Aristóteles, Quevedo y Rilke»: *Anuario Filosófico* 26 (1994); «Espacio, tiempo y arte»: *Thémata* 22 (1999) 151-161; «Arte y republicanismo», en E. BANÚS y A. LLANO (Eds.), *Razón práctica y multiculturalismo* (Pamplona: Newbook Ediciones, 1999), pp. 421-432.

mente se volvió cada vez más dúctil y amplia, tanto que aquél que no conociera sus preocupaciones fundamentales bien podría tener la impresión de que caía en una cierta dispersión.

No es este el momento de resumir las tesis centrales de su filosofía, pero si cabe destacar su talante filosófico. Resulta claramente reflejado en una anécdota que le gustaba contar. En la guerra franco-prusiana, un soldado renano que estaba en la trinchera, en un momento en que se reanudaba el combate, se levantó y gritó, en su dialecto: «¡No disparen! ¿No ven que hay gente?». Esa quería ser su actitud al tratar de la filosofía analítica en comparación con la escolástica, pero también era típico de su proceder en todas las discusiones filosóficas. Por eso odiaba todo lo que pudiera sonar a sectarismo o espíritu de partido. Una vez estaba dictando un seminario sobre el comentario de Tomás de Aquino al *De Trinitate*. En ese momento le interesaba tan sólo destacar algunos problemas lógicos que presentaba el texto. No quería, por tanto, entrar al fondo de la discusión teológica. Un alumno lo interrumpía constantemente, para forzarle que se pronunciara sobre las cuestiones teológicas que estaban implicadas. Inciarte nunca rehuyó la teología, pero era muy celoso a la hora de respetar las distintas metodologías, y allí donde se hacía lógica no le parecía bien comenzar a hacer otra cosa: habría sido un engaño para los participantes, que estaban convocados para otra cosa. El joven insistía con impertinencia, tanto que el profesor se levantó muy molesto y, mientras se dirigía a la puerta, le dijo en voz alta que, si persistía en esa actitud, se iba a ver forzado a expulsarlo del seminario. Sería la segunda vez en su vida en que haría algo semejante. De pronto, se volvió hacia los asistentes, sonrió y dijo: «La primera vez fue con un alumno al que luego le dirigí la tesis doctoral. Ayer acabo de aprobarla con *Summa cum laude*». Y se sentó tranquilamente, para seguir comentando el texto.

La cantidad de tesis doctorales que dirigió es enorme. No creo que se deba a que fuese lo que habitualmente se considera como un gran director de tesis. De hecho dejaba a los tesisistas una libertad que a mi me parecía rayana en la despreocupación. Sin embargo, la razón por la que lo buscaban era, me parece, doble. La primera consiste en que estar cerca de él era un agrado. Era la antítesis de los doctorales profesores que abundan en las universidades alemanas. Gustaba de la discusión y tenía una especial simpatía por aquéllos que rebatían sus ideas. Quizá esa libertad que a mi me parecía excesiva se debía al deseo de no imponerse, de no interferir con su autoridad el libre discurso de las ideas de sus doctorandos. La corrección, en cambio, bien podía ser severa, porque no juzgaba la coherencia de las ideas del trabajo con las suyas propias, sino la solidez de los argumentos. La segunda razón por la que era buscado tenía más que ver con la política académica: Inciarte no pedía nada a cambio de lo que daba. En ningún caso se producía con sus alumnos una relación de dependencia. Si alguien estaba en dificultades con su *Doktorvater* o había elegido un área o tema que causaba la molestia de

los académicos de una facultad, sabía que en Múnster iba a encontrar a un profesor dispuesto a acogerlo, si lo que estaba haciendo era de calidad. Cuando había que luchar, Inciarte luchaba, como por ejemplo, para lograr sacar adelante la tesis de un destacado filósofo ruso que hacía cosas muy importantes pero poco convencionales, o para lograr la habilitación de alguien que trabajaba muy bien pero no despertaba las simpatías de los que tenían que evaluarlo. Con frecuencia, en esas tesis doctorales los autores recogían más ideas de Inciarte que las que efectivamente citaban. «¡Esa idea es mía!», protestaba mientras reía. Era natural: muchos hallazgos de su genio filosófico no estaban publicados y pasaban directamente de su cabeza a la tesis del doctorando, sin la mediación de una cita o un reconocimiento.

En una oportunidad, durante una comida, le tocó sentarse junto a Ernst Bloch. Se entretuvieron en una conversación muy animada, a pesar de que difícilmente se podría encontrar dos personas de ideas más distintas. Al despedirse, Bloch le dijo: «Sr. Inciarte, ha sido un agrado haber podido conversar con usted. Debo confesarle que usted es el primer español ante el cual no he sentido un terror instintivo». La verdad es que la hispanidad de Inciarte estaba templada por una larga permanencia en Alemania, país al que quería como su patria. Mejor dicho, era su patria, ya que había adquirido esa nacionalidad. Esta actitud era comprensible: desde 1952 toda su formación filosófica y los mejores esfuerzos de su vida habían tenido a Alemania como escenario. Durante años sólo escribió en alemán, por lo que en el medio hispanoparlante era casi un desconocido. A pesar de eso, no le fue fácil abrirse camino en el mundo académico germano, pero no por ser español, sino por razones de las que prefiero no hablar, que nada tienen que ver con la etnia ni con la academia. En todo caso, nunca pude advertir una palabra de rencor, al contrario: se consideraba un afortunado por haber tardado más tiempo que otros en acceder a un trabajo estable y luego a una cátedra en la universidad, ya que eso le había permitido prepararse mucho mejor, sin tener las obligaciones del oficio académico. A los no alemanes que iban a estudiar con él a Múnster los animaba a conocer a fondo la cultura, historia y mentalidad germanas. Entre las pocas cosas que lo hacían enojar —ya mencioné una, el sectarismo— estaba la actitud de los latinos que juzgaban desde su mentalidad y categorías el modo de ser alemán. Tres consejos me dio cuando llegué a Múnster en 1988, y una advertencia: leer diariamente el *Frankfurter Allgemeine Zeitung*; ver cada día las noticias en televisión; y visitar los museos de pintura. La advertencia me la había hecho antes: no hablaríamos en castellano. Como se ve, se trata de consejos que a primera vista nada tienen que ver con la filosofía. Aunque, en realidad sí, y mucho, pues iban destinados a lograr una apertura de mente que es imprescindible para filosofar.

Con todo, en los últimos años se produjo un reencuentro con sus raíces españolas: comenzó a escribir en castellano y a reflexionar inten-

samente sobre España. Poco antes de morir había terminado la primera versión de un librito titulado *Breve teoría de la España moderna*, que será publicado dentro de poco. En realidad es un libro de filosofía, en el que a primera vista casi no se habla de España. Pero en el fondo sí. Esto es una constante de la filosofía de Inciarte, particularmente en los últimos quince años de su vida: cuando escribía sobre algo estaba hablando de eso y de varias cosas más. Tampoco es casual que los temas de este período final de su vida hayan tenido en gran parte conexión con la política y la estética. Esta era la única disciplina que no había cultivado, y que al final tuvo gran importancia para él; fue como el modo de cerrar toda su reflexión filosófica, como si hubiese descubierto que la relación del artista con la obra de arte y de ésta con el mundo era muy semejante a lo que ocurría en su propio caso. También hubo algunos cambios, por decirlo así, en su estilo filosófico. Hasta finales de los ochenta sus artículos eran estrictamente académicos: estudios sobre autores a propósito de determinados temas. Parecía que ocultaba su propio pensamiento, y hacía ver a sus alumnos la necesidad de no apartarse de los textos. A quienes le reprochaban ese academicismo, les mostraba que también en la interpretación de los textos estaban en juego cosas importantes. Se ve que, entre otras cosas, quería que los jóvenes sólo comenzaran a filosofar una vez que hubiesen tenido el entrenamiento necesario. Otra cosa probablemente hubiese sido arrogancia, pretender que se puede prescindir de lo que otros han hecho. Hacia fines de los ochenta, en cambio, sin abandonar los trabajos académicos, empezó a escribir con mucha mayor soltura. Su estilo se hizo paradójico y no exento de humor. Me atrevería a decir que este fenómeno se acentuó por su contacto con los posmodernos, por los que sentía mucha simpatía, aunque probablemente se habría producido de todos modos, pues es la consecuencia de largos años de diálogo con distintos autores y de la necesidad de mostrar lo que se ha pensado. El saber, además, que padecía un cáncer lo movió a escribir mucho, como quien es consciente de que no le queda mucho tiempo. Con todo, no alteró su tendencia a ocultar su pensamiento e incluso a desconcertar al lector. Algunos de sus inéditos están escritos de una manera tal, que el lector formado en la filosofía tradicional se siente molesto e inseguro. Le parece estar frente a un escéptico. Y es verdad, Inciarte se definía como escéptico, pero no con un escepticismo negativo, como el clásico, que duda de la verdad, sino con un escepticismo positivo, del que piensa que todo es posible. Este escepticismo positivo era para él la vía de recuperar la metafísica. Es decir, sus adversarios, por llamarlos de alguna manera, eran tanto quienes cultivaban la metafísica como si Hume, Kant y otros no hubiesen existido, como aquéllos que habían caído en el escepticismo negativo y en el relativismo.

Durante años estuvo trabajando en una obra titulada *Metafísica tras el fin de la metafísica*. Tras diversas versiones la abandonó, diciendo que había sido un fracaso. Si lo fue o no, habría que verlo en su mo-

mento. Después estuvo escribiendo una obra muy amplia, redactada con un estilo posmoderno y fragmentario, de la cual también alcanzó a escribir varias versiones: *Catalanes*, la llamó. Esa obra le gustaba. Tiene la peculiaridad de que difícilmente haya un lector que disponga de todas las claves para entenderla, por varias razones. De una parte, está llena de alusiones personales, de modo que al lector que no lo haya conocido a él y que no conozca el contexto en que vivió, se le escapan muchas cosas importantes. Sin embargo, si tiene cultura filosófica verá que se trata, al mismo tiempo, de una conversación con la entera historia de la filosofía. Pero eso tampoco es suficiente, pues también están allí la literatura, la teología y el arte de occidente. Las lecturas posibles de este texto se multiplican, y muchas ideas quedan apenas esbozadas o conscientemente interrumpidas ¿Qué pretendía hacer con esto, además de exasperar al lector racionalista? No se puede decir con certeza, pues de eso se trata. De lo contrario se estaría refutando. Sin embargo, algunas cosas son seguras. En la filosofía pasa como en la vida o en el arte: no cabe dar una mirada que abarque al mismo tiempo la totalidad. Estrictamente hablando, no es posible mirar *sub specie aeternitatis*. Tampoco existe una metafísica, sino muchas. Y cada una tiene ventajas e inconvenientes. ¿Significa esto que todas las metafísicas dan lo mismo? No. Recordemos que no estamos frente a un escéptico negativo, sino positivo. Algunas pagan costos demasiado elevados por adquisiciones menores. Pero no hay metafísica alguna que tenga todas las ventajas y ninguno de los inconvenientes. Para mostrar esto (entre otras cosas) escribió una obra que nadie, quizá ni él mismo, puede abarcar en su totalidad. Una obra inclasificable, pues es, a la vez, biografía, un tratado de metafísica, una filosofía de la historia y una reflexión sobre el arte contemporáneo. Una vez entró al *Landesmuseum*, en Münster. Había allí una instalación de un artista ruso, titulada «Las moscas». Eran varias salas, donde había todo lo imaginable sobre la vida, la anatomía y la figura de esos insectos. Un trabajo infinito, realizado con gran prolijidad. Muchas de las cosas que había hecho el autor eran apenas visibles para los visitantes, pues exigirían no sólo disponer de un tiempo que hoy en día nadie tiene, sino también remover la instalación misma, destruyéndola. El mundo de las moscas se abría a los hombres, pero también se mostraba como inabarcable. Lo que veía uno no coincidía exactamente con lo que descubría otro, y sin embargo eso no afectaba su carácter verdadero. Inciarte experimentó una auténtica conmoción: se había encontrado con una obra de arte que trataba de hacer y expresar lo mismo que él venía intentando. En todo caso, su estilo, aun en los trabajos más académicos, va siempre acompañado de una determinada incertidumbre: *Doctor Incertus*, lo llamaban sus amigos. Un filósofo hacia ver que, con Inciarte, le pasaba lo siguiente: cuando leía un texto suyo no sabía exactamente hacia dónde iba; luego lo dejaba a un lado y seguía trabajando; y cuanto terminaba su investigación, y llegaba a un destino, se daba

cuenta de que Inciarte ya estaba instalado allí desde mucho tiempo atrás.

Recibió influencias de muy distinto tipo, pero particularmente de la literatura: además de los clásicos alemanes, gustaba de leer a Borges, Joyce, C. S. Lewis. En suma, uno tenía la impresión de que había leído todo y retenía todo en su cabeza. Durante años leyó casi diariamente a Newman, al menos unos minutos, y cuando la enfermedad lo agotaba, escuchaba la BBC. En los últimos años escribió mucho en inglés. Hay un libro suyo en este idioma a la espera de encontrar un editor. También redactaba unos *Fingerübungen* («ejercicios de dedos»), como llamaba a unos textos normalmente breves, a veces epigramáticos, llenos de humor, en donde recogía observaciones, comentarios y ocurrencias. Como se dijo, desde hacía mucho tiempo tenía cáncer. Sabía que estaba más o menos detenido, pero no curado. La cercanía de la muerte coincidió con su máxima actividad filosófica, particularmente después de su jubilación. Hablaba de la muerte con gran naturalidad: «Esto lo publicarás después que me muera»; «Esto podríamos intentar editarlo antes», era el tipo de comentarios que hacía hace unos meses, época en la que tuve la fortuna de estar trabajando muy cerca suyo. Esta vez hablaba en castellano, y estaba más vivo que nunca. Periódicamente iba a Pamplona a tratarse médicamente. Pedía que le pusieran un cartel de «prohibidas las visitas» y se encerraba a trabajar en su habitación en la clínica universitaria. Sólo algunos se saltaban el letrero. Y eran bienvenidos. La recompensa eran largas conversaciones. Era parte del juego: sólo podían entrar los que sabían que las normas requieren de *epikeia*. Aprovechó su última estancia en Navarra para dictar un seminario. En una sesión se sintió mal y partió a la clínica. Y si Inciarte tenía cáncer y había sido tratado por años contra el cáncer, no podía morir de lo que todos esperaban. No habría calzado con su estilo. Su mal final fue del corazón. Una conversación filosófica con el Prof. Alejandro Llano, los últimos sacramentos, sabiendo que seguramente iban a ser los últimos, y luego la muerte. De acuerdo con una de sus siempre buenas máximas: detestar las despedidas.

JOAQUÍN GARCÍA-HUIDOBRO

Universidad de Los Andes, Santiago, Chile.

